

GUILLERMO GALVÁN

EL ALIENTO DEL LOBO

XXXIII PREMIO FELIPE TRIGO
DE NARRACIÓN CORTA

algaida



Un jurado presidido por Reyes Monforte y compuesto por Antonio Barrantes Lozano, María de las Cruces González, Marisol Ortiz de Zárate, Beatriz Olivenza Bernardo, Isabel Román Román y Serafín Portillo Mordillo otorgó a la novela *El aliento del lobo*, de Guillermo Galván, el XXXIII Premio Felipe Trigo de Narración Corta, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2015

© Guillermo Galván Olalla, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9067-159-7

Depósito legal: SE.-1921-2014

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A cada uno de los otros
que viven en nosotros*

*Solo el primer asesinato es un crimen.
El segundo, el tercero y el enésimo
son meras consecuencias.*

JÁNOS SZÉKELY

PABLO GÚRPIDE TENÍA LA VISTA PERDIDA, CLAVADA en un espacio inconcreto delimitado por los lechosos muros de la mezquita y una curva de la autovía de circunvalación donde el atasco dibujaba gusanos de luces blancas y rojas sobre el asfalto. Bien entrenados en el trato diario con la cámara, en sus ojos se adivinaba la falsa mirada del *autocue*, dirigida ahora a una audiencia ciega y absolutamente sorda, incapaz de percibir sus inexistentes palabras, sus anónimos pensamientos.

Le pregunté, o más bien me pregunté a mí mismo en voz alta, si él creía en la existencia de la maldad, de una maldad que pudiera ser escrita con mayúscula. Porque nada más que eso podía haber matado a Mario, un pedazo de pan,

alguien incapaz de hacer ni desearle daño a nadie. Mario, el amigo casi padre. El buen Mario, forzado inquilino de la sala número seis del tanatorio norte.

Pablo calló. Si creía o no en la maldad, se lo quedó para sí. Quise decírselo, pero también yo guardé silencio limitándome a maldecirlo sin abrir la boca: «Ya solo quedamos dos. Tú y yo. Lo que significa, y no sabes cómo me duele descubrirlo, querido amigo, que eres el culpable de lo que nos está pasando».

PRIMER AULLIDO

Tan solo me pertenecen los recuerdos, todo aquello que no he conseguido olvidar. Escribir es un modo de sujetarlos a mí, de que no escapen. O quizá, por el contrario, la única forma que conozco de dejarlos ir, de quedarme por fin desnudo de tiempo y de historia.

Herida de papel,
Guillermo Chao

TODO HABÍA COMENZADO CUATRO DÍAS ATRÁS, un sábado de junio.

No, no es cierto, y sería imperdonable añadir a esta historia una mentira más, por involuntaria que fuese. Había comenzado mucho antes, pero mi primer contacto con la pesadilla sobrevino entonces.

Una mañana fresquita que aliviaba un poco el pegajoso calor de la semana previa. Eran las doce. Y unos pocos minutos, muy pocos. Lo recuerdo perfectamente porque en ese preciso instante empezó a cambiar mi vida, a encogerse como una hoja de papel que se arruga sobre sí misma bajo el efecto de una presión inesperada.

Escuché la noticia en el boletín de mediodía mientras viajábamos desde la sierra para comer en casa de mis suegros. Un boletín insulso, de los que oyes por compromiso como obligado paréntesis en la programación musical. Después de lo de siempre —desempleo, tensión política, desencanto generalizado—, un festival de cine en la costa sur y la Feria del Libro en la capital.

Y ahí, justo ahí, lo soltaron: que Guillermo Chao había publicado su nueva novela. Nada extraordinario teniendo en cuenta que ese autor había editado previamente otras tres. Algo normal en apariencia, excepto por dos detalles: que la obra hubiera sido presentada en la Feria, y que yo no supiese nada en absoluto al respecto. El primer hecho resultaba sorprendente y sos-

pechoso; el segundo era dramático, porque venía a dar fe de una falsedad. Mucho más que eso: de una estafa, un imposible que me obligó a un esfuerzo suplementario por dominar el coche para que el sobresalto que la locutora había causado en mi interior no se trasladase de las manos al volante.

—Soy un torpe, cariño —mascullé mientras un sudor helado me empañaba la vista, intentando que la voz no sonase demasiado impostada por el desconcierto.

Lorena me miró con una sonrisa de extrañeza al tiempo que me dedicaba un gesto en demanda de silencio para poder apurar la noticia hasta el final. Ella era una reverente seguidora de Chao, de su literatura, de su recóndito y oscuro universo narrativo y biográfico. Compartíamos el gusto por el autor, desde luego, si bien con perspectivas muy diferentes, partiendo de premisas e intereses bien distintos, aunque ella estuviera tan lejos de imaginar los motivos profundos de tal disparidad.

Tras la pausa impuesta por ella me preguntó si es que había olvidado en casa el regalo de

cumpleaños para su padre. Rober, encajado en la sillita de seguridad del asiento posterior, salió en mi auxilio: le había encargado defender ese paquete de todos los peligros hasta ponerlo en manos de su abuelo, y ahora lo levantaba bien alto para que su madre retirase sus recelos sobre mi imprevisión.

—Pablo —alargué el nombre de mi amigo mientras elaboraba una excusa convincente—. Tenía que haberlo llamado. Se me fue el santo al cielo.

—¿A estas horas? Vas a sacarlo de la cama, Luismi; o de la orgía, porque no creo que ese desperdicie durmiendo una semana en Cancún.

—Un informe urgente.

Yo y mis informes urgentes. ¿Hasta cuándo podría sostenerse en pie tan frágil argumento?

El domingo por la mañana no podía con mi alma tras una noche desastrosa en la que no había logrado quitarme de la cabeza lo sucedido. Tras el cumpleaños en casa de los padres de Lorena quise respetar los planes trazados a pesar de todo: dejar al niño en casa de sus abuelos,

salir al cine, tomar algo y acabar a las tantas en algún local donde iniciar los preámbulos de una larga noche íntima. Pero esa intimidad había concluido con un gatillazo del que ambos quisimos culpar al alcohol, y desembocado por fin en un insomnio por mi parte del que ni ella ni yo conocíamos precedentes.

—No has dejado de dar vueltas —me recordó en el desayuno—. ¿Tan grave es lo del maldito informe?

Asentí con un gruñido.

—¿Pero no hablaste con Pablo ayer?

Claro que había hablado con Pablo. Y con Mario. Y ellos entre sí. Pero estaban tan confusos como yo, y hasta el lunes no había posibilidad de reunirse para intentar poner un poco de luz en tan inexplicable situación. Solo quedaba morderse las uñas o tomarse doble ración de Valium.

Acepté encargarme de la comida mientras ella bajaba a la ciudad a por Rober, y pasé tres horas deambulando por la casa como un oso enjaulado. Cuando, cerca ya del mediodía, Lorena apareció por la puerta, lo primero que hizo fue encender la radio.

—Pon la mesa, anda —dijo, en tanto ella disponía el aparato en lugar preferente del comedor—. Han anunciado una entrevista con Chao como cierre del magacín.

La noticia me zarandeó.

—¿Estás segura? No concede entrevistas.

—Ya lo sé —admitió mientras acomodaba a Rober—. Por eso no quiero perdérmela.

Tanto interés como ella tenía yo en tan extraño acontecimiento, aunque por razones muy distintas a las suyas. Con el primer plato, la presentadora del programa anunció a bombo y platillo que era la primera entrevista que el escritor concedía a un medio audiovisual, y pasó a enunciar brevemente su currículum literario.

Había publicado su primera novela, *Herida de papel*, a los cuarenta y nueve años. Tres años más tarde vio la luz *Letargo* y, tras seis más de espera, *Contra la melancolía*. Considerado como heredero tardío de la llamada generación de los cincuenta, Chao ofrecía ahora su última obra, *La inercia*, presentada en la Feria del Libro por su nueva editorial y, como de costumbre, sin su presencia.

—Muchos años escribiendo en solitario —inició la entrevista— y publicando después cuatro novelas en trece años, desde el anonimato personal, sin el calor directo de los lectores. ¿A qué se debe este cambio de actitud, tan inesperado ascenso a la superficie?

—He decidido tomar en mis manos mi propia vida, emerger a esa superficie que usted dice y asomar la nariz sobre el oleaje.

La voz, madura y sólida, llegaba a través del teléfono y tenía toda la apariencia de estar grabada. Escucharla me robó el poco apetito que me quedaba.

—¿Cómo es Guillermo Chao?

—Depende de la versión que elija. La ajena o la propia.

—Empecemos por la ajena.

—Un personaje egoísta, mitómano y fullero; alguien con quien resulta del todo imposible relacionarse de manera sana.

—¿Cree en serio que esa es la imagen que proyecta sobre quienes lo conocen?

—Desde luego.

—¿Y la visión personal?

—Un tierno Quijote que degenera a veces en Sancho fundamentalista. Pareja imposible, como si un ácrata y un guardia civil convivieran en el limitado e infinito espacio que hay entre el corazón y la cabeza.

—Dos visiones con puntos en común, al parecer. Y dígame, ¿por qué hay que leer su última novela?

—Porque es la última que he publicado. Ya sabe que pertenecemos a una especie fetichista por naturaleza: el último beso, las últimas voluntades, la última carne del brazo incorrupto de un santo, el último exabrupto de Cela envasado al vacío, el último suspiro de Luis XVI frente a la guillotina antes de diñarla. Pues esta es mi última novela, y por eso hay que leerla.

—¿Apela usted a la novedad como virtud?

—Tampoco es mala como virtud. Al fin y al cabo, es lo que queda si dejamos de darle al futuro la importancia que no merece. Y lo que quede atrás no vale: la vida solo es un montón de basura cuyo único objetivo es llegar a lo postremo.

—Lo postrero. Parece una afirmación bastante dramática. ¿Significa eso que se retira, que no volverá a escribir?

—Quién sabe lo que haré. Pero no, de momento queda una próxima novela pendiente de salir. Tal vez esa sí que sea la última.

—¿Otra más? —protesté sin poder refrenarme. Y Lorena me hizo callar con gesto enérgico para no perder el hilo de la entrevista:

—Supongo que, a pesar de su voluntario aislamiento, ha seguido de cerca el palpito de la literatura en nuestro país. ¿Se considera un producto de su época? Quiero decir que si desde el anonimato se pueden asumir corrientes, tendencias y, cómo no, polémicas.

—No me interesa la literatura como elemento de estudio. Vamos, que no es mi cometido participar en debates más o menos eruditos. Ni soy ni quiero ser un especialista en nada.

—Valiente imbécil —esta vez clamé a conciencia. Lorena se extrañó de mi reacción, pero no hizo el menor comentario cuando me levanté de la mesa y desaparecí del comedor: ella solo tenía oídos para Chao.